

# 7

La clínica dónde tenía que hacer el test era grande. Lo que me llamó más la atención fue que tenía un gran jardín donde una mujer hablaba con un grupo de lo más variopinto, había tres chicas jóvenes, dos señores que tendrían más de setenta años y un hombre de entre cuarenta y cincuenta en silla de ruedas.

Cuando entramos se oía a mucha gente, fuimos por un pasillo hasta una puerta con un cartel que rezaba: Logopeda. Tom golpeó la puerta dos veces y nos abrió la puerta un hombre con un ligero sobrepeso. Se llamaba Richard MacCormick — sí, como Kenny de South Park—, el test dio a entender que hablaba como un telégrafo apareándose con un tractor estropeado. Empezó hablando Tom.

— ¿Nombre?

— Glenn O'Hara.

— ¿Años?

— Cincuenta y ocho.

— ¿Qué día naciste?

— El diecisiete de noviembre del cincuenta.

— ¿Dónde naciste?

— En Dún Laoghaire.

— ¿Estudios?

— Tiene hasta el bachillerato o sea lo que viene siendo secundaria.

— ¿A qué edad acabaste los estudios?

— A los veintiséis.

— Muy bien ¿qué idiomas hablabas antes del accidente?

— Los sigo hablando... pero inglés, japonés e irlandés.

— ¿En qué idioma hablas tus hermanos?

— Irlandés.

— ¿Zurdo o diestro?

— Diestro.

— ¿Que te pasó?

— La barandilla en la que estaba agarrado cedió por una licuefacción y me golpeé la cabeza contra unas rocas.

— ¿Qué día tuviste la caída?

— El treinta de Diciembre.

— ¿Tienes alguna hemiplejía?

— Hemiparesia en el lado derecho.

— ¿Ves bien?

— Sí.

— ¿Tienes algún problema de oído?

— Hiperacusia desde los cuatro años, hemos traído lo que nos dio el médico sobre las lesiones que tuvo.

Bajó la mirada y escribió bastante en el folio y cuando acabó le dio los informes a Tom. En la mitad del test sacó una grabadora como si aquello se hubiera convertido en un interrogatorio y empezó mi entrevista.

Miré hacia arriba, hacia Tom. De perdidos al río.

- ¿Cómo estás hoy?
- Bien.
- ¿Has estado alguna vez aquí antes?
- No.
- ¿Crees que podemos ayudarte en algo aquí?
- No sé ni porque estoy aquí.
- ¿Crees que puedes mejorar?
- Pero no sé que tengo que mejorar.
- ¿Cuándo crees que vas a acabar el tratamiento?

Me encogí de hombros.

- Dime tu nombre completo.
- Glenn O'Hara.
- ¿Sabes la dirección de tu casa?
- Vivo en otro sitio, antes vivía en el edificio 26 del Irish Park.

Apuntó algo y siguió.

- ¿A qué te dedicabas antes del accidente?
- Era policía, de los típicos de poner... mmm... eso que te dejan cuando aparcas mal el coche. —Al final si tenía un problema, no me acordaba de lo que era una multa. Bien. Bravo.
- Cuéntame que te pasó para que te trajeran aquí.
- ¿Otra vez? Me caí desde una altura de cinco metros.
- ¿Qué recuerdos tienes de tu infancia?
- ¿Infancia? Iba al colegio, jugaba con... eso redondo, al fútbol y siempre usábamos dos árboles como portería. Tom siempre se empeñaba en ser portero pero se las colaban todos, era un paquete de los buenos. Recuerdo que ya en esos tiempos me apodaban leprechaun por ser el más bajo de la clase, todos medían más de uno setenta y yo uno sesenta.
- Seguro que desde tu casa se colaba el olor a mar, Dún Laoghaire es precioso.
- Nunca lo pude saber, tengo anosmia desde pequeño.
- Vaya, ¿cuándo perdiste el sentido del olfato?
- Cuando tenía cuatro años, me caí de un... de una cosa de esas para deslizarse y me golpeé la cabeza. No gano para disgustos.

Ahora entendía el poema de: Me gustas cuando callas porque estás como ausente.

Apuntó más cosas y sacó una ficha enorme donde se veía una escena puramente familiar de los años veinte.

Una mujer fregaba los platos mientras el agua se salía del fregadero como si de una cascada se tratase, se veía a un niño subido en un banco medio cojo y me dio la impresión de que como no se bajara iba a acabar como yo. Una niña pequeña lo chinchaba con la típica provocación de: ¿a que no tienes huevos de subirte al taburete y coger las galletas?

Con la descripción de la ficha no estuve muy mal solo que no me salía la palabra «fregadero» ni «tarro de galletas» ni «agua». En fin, no pondré nada más de la sesión para no aburrir sólo pondré que confundí tres veces el color verde con el

rojo, dos el amarillo con el naranja, sólo sabía contar hasta nueve y confundí un lápiz con un bolígrafo, la cama con una silla y la silla con un banco.

Cuando salimos del edificio el aire helado nos golpeó en la cara fuertemente. Temblamos al mismo tiempo.

—Lo has hecho muy bien.

—Una mierda, confundí varias palabras y colores. Algo me pasa en el cerebro.

—Has hecho lo que has podido, ni más ni menos.

—Eso sí que es verdad, no puedo hacer más.

— ¿Quieres ir a la comisaría?

— ¿Por qué no?

Hacia más de tres meses que no pisaba la comisaría, ver desde fuera aquel un edificio modernista de cristales tintados y forma redondeada hizo que mi corazón latiera a cien por hora. Pude apreciar que sólo uno de sus millones de cristales se había roto.

—Madre mía, cuantos cristales ¿siempre ha sido así?

—Desde que la reformaron sí, antes era un edificio de ladrillo rojo.

Entramos a la recepción dónde había una barra larga de caoba, a los lados había sendas puertas, una llevaba a la zona de tiro y la otra a los calabozos, en el suelo descansaban dos ficus enormes.

—Hola Glenn ¿cómo estás?

—En libertad mejor que en el hospital —Sonreí.

—Me alegro mucho ¿vienes a ver a alguien?

—Buscamos a Wolfgang. —Comentó Tom.

La mujer le miró con una ceja levantada, él sonrió y sacó su mano. Se presentaron bajo mi atenta mirada, deseaba volver a trabajar allí. Sara era la recepcionista de la comisaría, la que se tragaba alguna que otra mala palabra. Era una mujer menuda pero con un carácter endemoniado, siempre se dijo que los bajitos tenemos más mala hostia que los altos y así es. Llevaba el pelo bastante corto y de color rubio claro, el uniforme le quedaba que ni pintado a su cuerpo delgado. Bajó la cabeza.

—Vale, te debo una cerveza.

—Te lo dije, yo nunca miento.

— ¿Que ganaste? —Preguntó Tom.

—Siempre me hablaba de un hermano gemelo, le dije que si algún día lo traía y era verdad le iba a invitar a una cerveza. ¿Sabes? Yo de pequeña siempre decía que tenía una hermana gemela con la que vivía grandes aventuras por los bosques irlandeses, pero claro, era hija única. Pues eso, que me alegro de verte.

Se fue a su puesto detrás de la barra de recepción.

—Sara, que donde está el tal Wolf.

—Ay Dios, no te he dicho dónde está —miró el ordenador— aquí está el *Kaiser*, planta segunda edificio dos.

—*Kaiser*... ¿no llamaban así a un piloto de Fórmula Uno?

—Son motes querido Tom, aquí nos llamamos por motes. Él es *Leprechaun*, Getxa es *Vasco*, Patrick es el *Sangres*...

—Es una buena estrategia para saber quién es quién, lo haré algún día si vuelvo a Laoghaire.

Subimos por el ascensor —evidentemente— y pasamos del edificio 1 al 2 por un pasillo larguísimo, por el camino saludé a varias personas.

— ¡Glenn! —Era mi querido concuñado el *Sangres*.

—Estamos dando una vuelta por la comisaría. —Le expliqué.

—Eso es bueno. Ah ya lo sé, venís a ver al *Kaiser* ¿verdad? Algo me comentó.

Pasamos a una gran sala en la que había miles de mesas con todos sus ocupantes hablando, en una pared había dos fotos bastante grotescas de unos chicos totalmente desfigurados por lo que parecían ser disparos de escopeta.

El compañero rubio de Wolf me dio la mano y la bienvenida, su acento no era tan profundo como el de su jefe. Hablaba un español bastante neutro.

—Tú debes de ser Tom, siempre está hablando de ti.

—Me lo imagino.

No recordaba su apodo pero sabía que le encantaba el *Power metal*, cuando no estaba investigando se tumbaba en su silla y escuchaba a *Avantasia*, *Rhapsody* o *Dragonforce*. Un friki de buen corazón.

Se encogió de hombros.

—Lo siento pero Wolf ha salido a hacer sus cosas con *Vettel*, el otro compañero. Si queréis id a tomar algo al bar, yo os doy un toque cuando llegue ¿vale?

—Claro.

Salimos del edificio principal y fuimos al bar en el que hay más policías por metro cuadrado que borrachos durmiendo en el *Drinking Park* un sábado. Era la típica cafetería con sus sofás cómodos y sus mesas grandes al más puro estilo de la primera —y última— escena de *Pulp Fiction*.

Después de pedir un café, Tom se sentó en el sofá, el café humeante y con su cremita me ponía los dientes largos pero claro, Don médico y sus secuaces me lo prohibieron porque estaba tomando pastillas —toneladas de ellas—, tampoco podía tomar cerveza ni fumar. Menos mal que esto último dejé de hacerlo a los cincuenta y tres.

Siempre dicen que fumar mata pero ¿y los traumatismos craneales? Mata más que el tabaco porque no es algo a largo plazo, te das un golpe y ya te has arreglado la vida. Con el tabaco es una suerte, puede que fumes ochenta años y no te pase nada o puedes fumar veinte y mueras de cáncer pulmonar.

Una cosa está clara, ya seas ateo, cristiano, judío, budista o como en mi caso sintoísta pero si tienes la maldición de la mala suerte ya puedes darte por jodido porque ni rezando a todos los dioses o espíritus del bosque hará que se te vaya. Dicha maldición no la tenía David Saizer, el chico que estaba a mi lado en la UCI,

cinco semanas en coma porque le había caído una pared encima durante el *nueve* y cuando le quitaron los sedantes abrió los ojos cuando los médicos no daban nada por él.

Yo no conocí a la madre de David, pero Ann, Josh y Tom que estuvieron al pie del cañón se hicieron muy amigos de ella, siempre hacían un alto en la espera para tomar un café los cuatro juntos. A él le conocí tiempo después en rehabilitación.

*Herr Wolf*, llegó dos horas después a la cafetería y parecía que tenía un humor de perros. Dejó caer en el sofá sus cien kilos de peso, murmuró algo en alemán y pidió un café.

—Que día de mierda llevamos, de verdad que a veces dejaría el trabajo pero luego pienso ¿de qué voy a trabajar si no se hacer nada más?

Hablaba demasiado rápido y demasiado mal así que yo escuchaba «blablablá, trabajar, bla» como en aquel capítulo de Los Simpson en el que el perro no entiende lo que le dice Bart.

Miró a su compañero que estaba apoyado en la barra y le hizo una seña, el muchacho se sentó con el mismo deje de cansancio. Tenía el pelo menos rubio que el de Getxa pero este tenía los ojos tan azules como los de un Husky siberiano. Me hubiera gustado ver la reacción de Josh al verle.

Volvimos a casa con la promesa de que por la noche vendrían los dos a cenar y a comentar en caso con Getxa que ya estaba en la cocina cuando llegamos. Por lo menos estaba ayudado por Ann y Josh.

— ¿Quieres algo de comer? —Me preguntó Tom.

Me encogí de hombros. «Sigo queriendo mi chuletón con su buena ración de patatas» pensé, pero ellos seguían con los purés y demás cosas sin sabor.

— ¡Glenn! ¡Eh, Glenn!

Cuando bajé de las nubes de la amnesia a corto plazo le miré.

— ¿Qué?

— ¿Que qué quieres merendar?

—Me da igual.

Al final preparó una jarra de té y sacó unas pastitas.

— ¿A quién mataron? —Pregunté.

—A unos chicos, al principio parecía un suicidio pero tenemos ciertas dudas.

—El primer hecho violento después de seis años de sequía criminal. Estamos jodidos....

—Es una ciudad, tienen que pasar cosas buenas y también malas —Comentó Tom—. ¿Cómo se llama el muchacho rubio que acompaña siempre a Wolf?

—Günther pero el apellido no sé ni cómo se pronuncia.

—Yo pensaba que los españoles ibais con los irlandeses.

—Y vamos, sólo son cuatro alemanes y lo demás son españoles e irlandeses.

Siempre pienso en como decía españoles, bajaba la voz una décima y cuando le decían «Ah sí, tu eres español» susurraba por lo bajini «vasco». Es lo que se llama nacionalista lo que no sé es si nació nacionalista o se hizo pero nadie gana a Josh en pasión por su país.

Mi hermano no habla inglés, no quiere que sus hijos vayan a un colegio inglés o sea que sus hijos van a lo que llamamos Gaelscoil que es lo mismo que los vascos llaman *ikastola*. Cuando escucha el típico acento inglés le salen hasta sarpullidos, dice que le pica la piel, se cruza de brazos por no darle una buena paliza (según me contaron algún inglesito a salido bastante lisiado por culpa suya)

Admito que son bastante odiosos pero tanto para partirle la cabeza a uno pues no. Como conté antes la violencia llama a la violencia y la violencia llama a la policía, la policía llama al juez y así hasta la cárcel.

Como dice la canción: Don't worry, be happy. No te preocupes y sé feliz.